

**Bosquejos de los mensajes  
para el entrenamiento a tiempo completo  
del semestre de otoño del 2003**

---

**TEMA GENERAL:  
LA ECONOMÍA DIVINA SEGÚN EL LIBRO DE ISAÍAS**

Mensaje veintidós

**La revelación y la experiencia de Cristo como la luz del mundo**

Lectura bíblica: Is. 2:5; 9:2; 42:6-7, 16; 49:6; 50:10-11; 60:1-2

- I. El mundo actual (“estas tinieblas”—Ef. 6:12) se halla completamente bajo el tenebroso gobierno del diablo, quien rige por medio de sus ángeles malignos y “engaña a toda la tierra habitada”—Col. 1:13; Dn. 10:19-20, 11; 9:23; Ap. 12:9-11:**
  - A. El mundo entero está en el maligno, pero en Cristo, la luz del mundo, el príncipe del mundo no tiene nada (ni terreno, ni oportunidad, ni esperanza ni posibilidad alguna); además, este Cristo está en nuestro espíritu, en donde podemos permanecer para vencer al mundo de tinieblas y en donde el maligno no puede tocarnos—Jn. 9:5; 1 Jn. 5:19b; Jn. 14:30; 16:33; 1 Jn. 5:4; 18; Jn. 3:6b.
  - B. Las tinieblas son disipadas por la luz; cuando la luz viene, las tinieblas son disipadas; “la luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella”—1:5; Gn. 1:2-3; Ap. 21:24; 22:5; cfr. 1:20; 2:1a; Is. 42:16.
- II. En Isaías 2:5 el profeta hizo un llamado: “Venid, oh casa de Jacob, y caminaremos a la luz de Jehová”—cfr. Ez. 14:3.**
- III. Cristo ha sido llamado por Jehová a fin de ser la luz de las naciones, para abrir los ojos de los ciegos, para sacar de la cárcel a los presos y de casas de prisión a los que moran en tinieblas, a ser la salvación de Jehová hasta lo postrero de la tierra—Is. 42:6-7; 49:6; 9:2; Mt. 4:16; Col. 1:13; Hch. 26:18.**
- IV. La luz es la presencia de Dios—1 Jn. 1:5; Jn. 1:4-5; 8:12; cfr. Mt. 25:30.**
- V. Al momento de nuestra conversión, la luz entró en nosotros y llegamos a ser hijos de luz y luz en el Señor—Gn. 1:3; 2 Co. 4:6; Jn. 12:36; Ef. 5:8; 1 P. 2:9b.**
- VI. “Dando gracias al Padre que os hizo aptos para participar de la porción de los santos *en la luz*”—Col. 1:12 (nuestras cursivas):**
  - A. Sólo podemos participar de Cristo y disfrutarle si estamos en la luz; cuando nos volvemos al Señor y entramos en Su presencia, estamos en la luz y espontáneamente comenzamos a disfrutarle como nuestra porción, como el nuevo pacto—Sal. 16:5, 11; 116:12-13; 36:8-9.
  - B. La luz gobierna al iluminar; por tanto, cuando la luz de vida resplandece y gobierna, constituye un reino, el reino del Hijo del amor del Padre, en contraste con la potestad de las tinieblas, el cual es el reino de Satanás—Col. 1:13; Ap. 22:5; Jn. 14:21, 23.
- VII. Los siete Espíritus de Dios son las siete lámparas de fuego, y nuestro espíritu también es la lámpara de Jehová, la cual escudriña todas las áreas de nuestro ser interior, todas las cámaras de nuestra alma—Ap. 4:5; Pr. 20:27:**

- A. Estos dos espíritus, el nuestro y el de Dios, se han mezclado; dentro de nuestra pequeña lámpara, nuestro espíritu, también hay otra lámpara de mayor intensidad, el Espíritu siete veces intensificado—1 Co. 6:17.
- B. Mientras nuestro Espíritu resplandece por medio de nuestra oración, el Espíritu de Dios intensifica el resplandor siete veces, y bajo la intensidad de esta luz, hacemos confesión y nos arrepentimos ante el Señor—Sal. 139:23-24; 1 Jn. 1:7, 9.
- C. Allí donde la luz resplandece, llega el suministro de la vida divina y entonces, una cámara después de otra, todo nuestro ser es transformado en la imagen del Señor; tal resplandor, suministro y transformación hace de nosotros el candelero de oro—2 Co. 3:16, 18; Ap. 1:20.
- D. Las áreas de nuestra vida y vivir que están cerradas para Cristo se hallan en tinieblas, debido a que Cristo, Aquel que es la luz misma, no halla cabida en ellas—Lc. 11:33-36.
- E. La persona que está más abierta al Señor es la que experimenta mayor transformación—Sal. 139:23-24; Mt. 5:3.
- F. La clave para experimentar la vida divina es nuestro espíritu, y la oración es la clave para poder permanecer en nuestro espíritu; Dios nos llama una y otra vez a retornar a nuestro espíritu—Ef. 6:18; 1 Ts. 5:17.

**VIII. Para que nosotros andemos en la luz divina, el Señor nos ha dado la comunión de la vida divina, la sangre de Jesús, la palabra de Dios, los hijos de Dios y la iglesia de Dios:**

- A. La vida divina, la comunión divina, la luz divina y la sangre de Jesús, el Hijo de Dios, constituye un ciclo espiritual en nuestra vida cristiana—1 Jn. 1:3-9.
- B. La palabra de Dios es lámpara para nuestros pies y lumbrera a nuestro camino—Sal. 119:105, 130; Dt. 17:19-20; Jn. 8:12, 32, 36; 5:39-40; Sal. 42:5; Nm. 6:25.
- C. Por ser la réplica de Cristo, los santos son la luz del mundo—Mt. 5:14; Fil. 2:15-16; Hch. 5:20; 13:47; Is. 49:6; 60:1-3.
- D. La iglesia es un candelero de oro, el cual resplandece en esta era de tinieblas—Ap. 1:20; cfr. Sal. 73:16-22, 25-26.
- E. Amando al Señor (Col. 1:13; Ap. 2:4, 7) y a los hermanos (1 Jn. 2:10-11; 3:14-17) nos capacita para permanecer en la luz.

**IX. La luz divina, la presencia de Dios, opera dentro de nosotros de las siguientes maneras:**

- A. La luz divina alumbró los ojos de nuestro corazón a fin de ver a Dios y de ver como Dios ve—1 Jn. 1:7; Mt. 5:8; 2 Co. 3:16; Ef. 1:17-18; Sal. 36:9b.
- B. La luz divina pone en evidencia nuestra condición y nos amonesta—Ef. 5:13-14.
- C. La luz divina nos suministra la vida divina—Jn. 1:4.
- D. La luz divina nos sana—Lc. 1:78-79; Mal. 4:2.
- E. La luz divina aniquila todo lo negativo en nuestro ser—Is. 6:1-8.

**X. Aquel que teme a Jehová y oye la voz de Su Siervo tiene luz aún cuando anda en tinieblas—Is. 50:10-11; Sal. 139:7-12, 23-24.**

**XI. A medida que nosotros, las iglesias, los candeleros de oro, andamos a la luz de día en día, y a medida que, corporativamente, permitimos que el Señor resplandezca a través de nosotros, apresuraremos el día del retorno del Señor, día en el cual estaremos completamente preparados para ser Su novia, la Nueva Jerusalén, la ciudad de luz y el reino de la luz, a fin de que Dios sea plenamente expresado como la luz—Ap. 21:11, 23; 22:5.**